

## PENSAR UNA PEDAGOGÍA TEOLÓGICA DE LA ESPERANZA

### THINKING ABOUT A THEOLOGICAL PEDAGOGY OF HOPE

**Juan Pablo Espinosa Arce<sup>1</sup>**

Pontificia Universidad Católica de Chile. Santiago, Chile

#### Resumen

La presente contribución se propone pensar algunas pistas acerca de lo que denominamos una “pedagogía teológica de la esperanza”. Afirmar que el cristianismo es la religión de la esperanza en el Reino de Dios, en la resurrección, en el triunfo de la justicia, de la paz y del amor, en que creemos que ella actúa en medio de nuestra historia, representa, a nuestro entender, una provocación profética en este tiempo en el cual se afirma la supremacía de un sujeto autosuficiente, muchas veces desprovisto de la capacidad de imaginar el futuro ya que ha naturalizado la realidad que lo envuelve, un sujeto que ha ido perdiendo la esperanza y la conciencia de la utopía. Es por ello que creemos que es necesario favorecer algunas claves para reeducar la esperanza y la conciencia utópica, como espacios de realización de lo humano, tanto a nivel personal como comunitario.

**Palabras clave:** Esperanza, utopía, infancia, Reino de Dios, pedagogía.

#### Abstract

The present contribution intends to think some clues about what we call a “theological pedagogy of hope”. To affirm that Christianity is the religion of hope in the Kingdom of God, in the resurrection, in the triumph of justice, peace and love, in which we believe that it acts in the midst of our history, represents to our understanding, a prophetic provocation at this time in which the supremacy of a self-sufficient subject is affirmed, often devoided of the capacity to imagine the future, since it has naturalized the reality that surrounds it, a subject that has lost hope and utopian consciousness.

<sup>1</sup> Licenciado en Educación y Profesor de Religión y Filosofía por la Universidad Católica del Maule. Magíster en Teología Fundamental por la Pontificia Universidad Católica de Chile. Correo: [jpespinosa@uc.cl](mailto:jpespinosa@uc.cl)

That is why we believe that it is necessary to favor some keys to reeducate hope and utopian consciousness, as spaces for the realization of the human, both on a personal and a community level.

**Keywords:** Hope, utopia, childhood, Kingdom of God, pedagogy.

## 1. ¿Es posible esperar hoy?

La época actual, nuestra época, esta cultura en la cual estamos situados es problemática. Se experimenta un malestar en la cultura, hay una pérdida de referencia a las instituciones, a sus líderes. Hay sensación de inseguridad tanto del presente pero sobre todo del futuro. No sabemos cómo se vivirá el mañana, cómo vivirán los que nos sucedan, qué problemas y qué oportunidades les aguardan. Pero ocurre algo más problemático aún, a saber, que esta realidad que nos rodea la hemos terminado naturalizando, es decir, hemos propuesto la idea que no es posible cambiar la situación porque si ella está como está es por algo, es porque ella representa un *factum* definitivo. Como afirma F. Parra, “vivimos en un tiempo en que esperar es difícil. Con razón se ha caracterizado la condición posmoderna como una época en que se pierde progresivamente el sentido de la historia y crece la incapacidad para percibir el cambio mismo”<sup>2</sup>.

Pareciera que no hay posibilidad de cambiar y de revertir las situaciones de malestar, de angustia, de carencia, pero a pesar de ello se afirma que el ser humano es esencialmente un ser en esperanza, un animal utópico, alguien que crea dinámicas de futuro, el ser proyectado hacia el mañana. Entonces conviven momentos de naturalización y de apertura a la esperanza. Así lo hace notar P. Ricoeur cuando comenta que la promesa aparece como un elemento que posibilita concebir que el futuro constituye una posibilidad, frágil pero cierta, frágil en el sentido de que la promesa puede ser traicionada. Ricoeur sostiene que la promesa “mira hacia el futuro, en prospectiva y proporciona una amplitud temporal al reconocimiento de sí, fundado a la vez en una historia de vida y en los compromisos de futuro de

<sup>2</sup> F. PARRA, *Esperanza en la historia. Idea cristiana del tiempo*, Universidad Alberto Hurtado, Santiago 2011, 23.

larga duración”<sup>3</sup>. O como afirmó Benedicto XVI, el hombre esencialmente vive de la esperanza a lo largo de su vida: “a lo largo de su existencia, el hombre tiene muchas esperanzas, más grandes o más pequeñas, diferentes según los periodos de su vida”<sup>4</sup>.

### 1.1. *Un caso concreto: la Séptima Encuesta Nacional de la Juventud en Chile (2012)*

Entonces, la pregunta que resalta es si es posible esperar hoy. En otras palabras, preguntarnos si creyentes y no creyentes creemos que esta época, sociedad, modos de realización de lo humano, cultura, son posibles de cambiar: ¿Creemos realmente en la virtud de la esperanza? ¿Hay esperanza, utopía, imaginación, asombro hoy? ¿Cómo nuestros niños y jóvenes están experimentando la esperanza y los sueños en que se puede lograr construir un modelo socialmente alternativo? ¿Los estamos educando, estamos creando-con-ellos la conciencia y la imaginación utópica o la esperanza?

En la séptima encuesta de la juventud realizada el 2012 por el Instituto Nacional de la Juventud (INJUV), dependiente del Gobierno de Chile, se analizó el tema de las *Expectativas Futuras y de Integración en la sociedad*. Los datos que arroja el documento, señalan en primer lugar que existen *discrepancias* en cómo los jóvenes observan el futuro, en sus sensaciones de esperanza respecto al mañana. Hay quienes piensan que las cosas pueden marchar mejor, y otros que se mantienen en esta estática de la naturalización del cómo se vive la época actual. A propósito de esto, el documento del INJUV comenta que estas *discrepancias* se ubican dentro de un proceso de construcción de proyectos personales “se inserta en un contexto en que las incertidumbres sobrepasan las seguridades y los proyectos de vida dejan de desarrollarse bajo instituciones o referencias tradicionales que puedan proteger a las personas de esos riesgos”<sup>5</sup>. El elemento

<sup>3</sup> P. RICOEUR, *Caminos del reconocimiento. Tres estudios*, Fondo de Cultura Económica, C. de México 2006, 64.

<sup>4</sup> BENEDICTO XVI, “Carta encíclica Spe Salvi”, en: AAS 99 (2007), Editrice Vaticana, Vaticano 2007, n 45. En adelante, SS.

<sup>5</sup> INSTITUTO NACIONAL DE LA JUVENTUD, “Séptima encuesta nacional de la juventud”, disponible en: [http://www.injuv.gob.cl/portal/wp-content/files\\_mf/septimaencuestanacionainjuvcorr2.pdf](http://www.injuv.gob.cl/portal/wp-content/files_mf/septimaencuestanacionainjuvcorr2.pdf), citado el 7 de octubre 2016.

de la pérdida de referencialidad a los valores, a los liderazgos sociales, políticos, religiosos, la pérdida de vínculos de identidad y de pertenencia, son elementos propios de la época actual, y dichos vacíos sociales son aquellos que profundizan la presencia de un sujeto social autorreferente y autosuficiente, que ha perdido la capacidad de vincularse a otros y de esperar-con-otros.

En relación a la pérdida de la esperanza comunitaria que anteriormente se señaló, la encuesta sostiene más adelante que en Chile coexiste una búsqueda de la felicidad de carácter privada, individualista y el malestar de la sociedad, a la vez que se sostiene que para los jóvenes es más fácil buscar su propio bienestar que construir-con-otros espacios comunes de vida, de participación, de esperanza y de sueños compartidos. Es más fácil que el yo aislado espere a que el grupo, que la pequeña comunidad o asociación posea deseos de esperanza comunes.

Pero también se da un fenómeno interesante. Cuando la encuesta preguntó a la muestra de 8.352 jóvenes sobre cómo veían su futuro personal, un 88,4% señala que su futuro se ve mejor que ahora y sólo un 2,1% lo ve peor que como está. Y, al contrario, cuando la encuesta pregunta sobre el futuro como país los números son diametralmente opuestos: solo un 45,4% creen que el país estará mejor, un 34,4% señala que estará igual que ahora y un 17,7% comentan que estará peor. Los números de esta última pregunta se mueven entre la esperanza y el mantenimiento o naturalización de las formas de vida. Hay una disociación entre mi futuro y nuestro futuro, entre lo que yo espero y lo que nosotros podemos esperar. La felicidad, el bienestar, el cambio, lo dinámico, se evalúa más positivamente en términos individuales que comunitarios.

### *1.3. Frente a los desafíos del presente, volver a la esperanza cristiana*

Hay esperanza en el futuro para el yo, pero no hay mucha esperanza en el futuro del nosotros. Y esto nos arroja un problema no menor, ya que el cristianismo afirma justamente que la esperanza, como motor de nuestra fe en Jesús de Nazaret, es personal pero sobre todo comunitaria. Es el Pueblo de Dios, la comunidad, la Iglesia la que vive la esperanza. No es una esperanza privatizada sino que es eclesial, es intra e interpersonal. Es más, Benedicto XVI en *Spe Salvi* reconoce cómo “esta vida verdadera, hacia la cual trata-

mos de dirigirnos siempre de nuevo, comporta estar unidos existencialmente en un pueblo y sólo puede realizarse para cada persona dentro de este nosotros. Precisamente por eso presupone dejar de estar encerrados en el propio yo, porque sólo la apertura a ese sujeto universal abre también la mirada hacia la fuente de la alegría, hacia el amor mismo, hacia Dios”<sup>6</sup>.

La esperanza de mejores condiciones de futuro histórico o en la vida eterna es construida para el cristianismo desde las dinámicas del encuentro. El cristianismo favorece la presencia de una conciencia comunitaria que, respetuosa de las legítimas individualidades, promueva la edificación de espacios de paz, de armonía, de fraternidad y justicia para todos. Como comentan Almonacid y Lambert, “las cosas que se hacen —o se dejan de hacer— en el presente están impregnadas de ese *futuro compartido*. Lo que para nosotros importa es que la esperanza marca decisivamente el presente. No da lo mismo mirar el presente desde un futuro valioso que mirarlo desde un futuro que no lo es”<sup>7</sup>.

En esto, el cristianismo asume un carácter profundamente profético, ya que mantiene la esperanza en un tiempo de desesperanza, en que anuncia que la vida plena sigue siendo un proyecto personal y socialmente válido. Como creyentes en el Dios de Jesús de Nazaret, reconocemos que la esperanza acontece justamente en aquellos lugares de negación del futuro, ya que nuestra fe se orienta hacia un hombre muerto que fue resucitado por Dios. La resurrección de Jesús representa el paradigma, la fuente inagotable de toda posible esperanza, de todo esperar contra toda esperanza (Cf. Rm 4,18). Es por ello que Libanio reconoce que ella “es el lugar, la topía de la esperanza teológica. Porque sólo por la esperanza podemos mirar la resurrección, ya que es obra de la absoluta libertad del amor de Dios Padre por la fuerza del Espíritu”<sup>8</sup>. Y esta esperanza es realista, porque consciente de las condiciones sociales, políticas, económicas, educativas y culturales actuales es capaz de volver a anunciar esa resurrección.

<sup>6</sup> SS 14.

<sup>7</sup> C. ALMONACID - C. LAMBERT, “Pistas para una lectura de la encíclica Spe Salvi de Benedicto XVI”, *UC Maule* 37 (2009) 125.

<sup>8</sup> J. B. LIBANIO, “Esperanza, utopía, resurrección”, en: I. ELLACURÍA - J. SOBRINO (eds.), *Mysterium Liberationis. Conceptos fundamentales de la teología de la liberación Tomo II*, Trotta, Madrid 1990, 508.

#### 1.4. ¿Es posible educar la esperanza cristiana?

Y esta esperanza ¿puede ser educada?, ¿pueden proyectarse pistas para su aprendizaje y transmisión, sobre todo testimonial?, ¿podemos educar teológicamente la esperanza?, ¿se puede pensar el futuro en vistas a una relación de pedagogía-teología? Nosotros decimos que sí, y eso es la base de nuestra propuesta y reflexión. Queremos pensar una pedagogía teológica de la esperanza que sea ante todo una invitación a comprender cómo la esperanza debe ayudar a asumir o a rectificar, con responsabilidad, con realismo, con conciencia crítica, determinadas actitudes y conductas que posibilitan la construcción de espacios humanos de encuentro, de responsabilidad social, de fraternidad y solidaridad, de armonía entre los miembros de una comunidad y de ellos con su entorno, de verificación y de apuesta en vistas a sueños compartidos, de progreso, de paz.

Tenemos en mente la expresión de Benedicto XVI en la misma *Spe Salvi*, a saber, que existen “lugares de aprendizaje y del ejercicio de la esperanza”<sup>9</sup>, o también en la palabra del educador brasileño P. Freire quien en su obra *Pedagogía de la esperanza* reconoce cómo “el pueblo clama contra las pruebas de desfachatez. Las plazas públicas se llenan de nuevo. Hay una esperanza, no importa que no sea siempre audaz, en las esquinas de las calles, en el cuerpo de cada una y de cada uno de nosotros”<sup>10</sup>, a la vez que reconoce que “la esperanza es una necesidad ontológica (...) no soy esperanzado por pura terquedad sino por imperativo existencial e histórico”<sup>11</sup>. La esperanza, por tanto, posee una dimensión pedagógica, educativa, de aprendizaje, de testimonio, de historia, mundo y cultura. También, y a propósito de esta dimensión pedagógica, los Obispos en Medellín (1968) hablaron de la necesidad de establecer una “pedagogía del discernimiento de los signos de los tiempos”<sup>12</sup>.

A partir de esto, y desde un diálogo de la teología con las ciencias sociales y con algunos planteamientos actuales, queremos trazar algunas pistas

<sup>9</sup> SS 32.

<sup>10</sup> P. FREIRE, *Pedagogía de la esperanza*, Siglo XXI, Buenos Aires 2002, 24.

<sup>11</sup> P. FREIRE, *Pedagogía de la esperanza*, 24.

<sup>12</sup> CELAM, “Documento de Medellín”, en: *Documentos fundamentales*, Paulinas, Sao Paulo 2003, 10.3.

para pensar una pedagogía teológica de la esperanza desde tres claves: en primer lugar, la esperanza y su relación con la ecología humana y el bienestar. Necesitamos crear un espacio óptimo para experimentar la esperanza, y este espacio debe ser ecológicamente sustentable. En segundo lugar, adentrarnos en la dimensión política de la esperanza, sobre todo en la capacidad de esperar en los otros y con los otros, lo que llamamos co-esperanza. El espacio ecológico es también político, y en él hacemos experiencia de la convivencia en la diferencia. La esperanza, con ello, aparece como política, comunitaria, relacional. La tercera clave tiene que ver con el rescate de la imaginación y de la infancia en su relación con la esperanza y con la utopía. Dentro del espacio de convivencia, nuestros niños y jóvenes son sujetos privilegiados para hacernos comprender la necesidad de revertir nuestras prácticas sociales, pedagógicas, eclesiales, teológicas y culturales.

## **2. Algunas claves para pensar la pedagogía teológica de la esperanza**

### *2.1. La esperanza como base de la ecología humana y del bienestar*

De que a nuestra hermana y madre Tierra, a la casa común, le está pasando algo, es una realidad que no podemos negar. Hay un mal-estar en la casa común: basura en las calles, destrucción de ciudades y de países enteros, por ejemplo el caso de Siria. Somos testigos de la deforestación, de la contaminación de las aguas, de los suelos y de los cielos. El mismo Francisco en *Laudato Si'* ha reconocido que contra la Tierra también se cometen pecados<sup>13</sup>. Entonces nos preguntamos ¿qué esperanza de una buena tierra le dejaremos a los que nos sucedan?, la belleza de la tierra ¿podrá ser disfrutada por las futuras generaciones?, ¿qué esperanza de carácter intergeneracional estamos gestando en el hoy de la historia en vistas a su mañana?, ¿qué prácticas de bienestar vienen a fundamentar una pedagogía de la esperanza?

<sup>13</sup> FRANCISCO, *Carta encíclica Laudato Si'*, Ediciones UC, Santiago 20015, n. 8. En adelante, *LS*.

Francisco relaciona el deterioro de la casa común con la esperanza en el futuro: “pero basta mirar la realidad con sinceridad para ver que hay un gran deterioro de nuestra casa común. La esperanza nos invita a reconocer que siempre hay una salida, que siempre podemos reorientar el rumbo, que siempre podemos hacer algo para resolver sus problemas”<sup>14</sup>. La esperanza que busca salidas, se puede articular desde las prácticas de ecología humana y de la vivencia del bien-estar como experiencia de esperanza en el futuro. Reconocer la felicidad, la fraternidad, la armonía, la belleza, la gratuidad del encuentro, son instancias que humanamente nos hablan de que la esperanza es una armonía que puede y debe seguir interpretándose por las múltiples voces que formamos el mundo.

Ahora bien, cuando hablamos de *ecología humana* ésta necesariamente debe pensarse como una actitud que se fundamenta en distintos *espacios de paz* que se construyen en base a la esperanza del proyecto de fraternidad y de armonía. En otras palabras, creemos que la esperanza constituye la *condición de posibilidad* para experimentar, pensar y reflexionar la ecología y las situaciones de bienestar. Es más, la esperanza aparece como actitud positiva ante la vida, actitud que, mirando el presente, reconoce que el futuro puede ser mejor en comparación con ciertas estructuras de vida en las que estamos inmersos. Esta verificación resulta porque, como sostiene F. Parra, “el ser humano no solo vive de tiempo, sino también de espacio. Experimenta una radical necesidad de espacio para vivir, crecer, respirar, contemplar, celebrar y hacer fiesta. De ahí la importancia del estar bien en un determinado espacio vital”<sup>15</sup>.

El bien-estar supone vivir la armonía con los otros y con el entorno ambiental que nos rodea. Este principio, supone, a su vez, la búsqueda de ciertas prácticas pedagógicas y de ciertas comprensiones y experiencias religiosas que promuevan el posicionamiento de la esperanza como elemento que mire la realidad y construya desde ella un nuevo *óikos* común. Recuperando el concepto de Cabaluz, es necesario instaurar pedagogías *biófilas* y *eco-pedagogías*. Ellas “se oponen a aquellas teorías y prácticas pedagógicas de carácter necrófilo, es decir, que generan la muerte en vida”<sup>16</sup>. Son

<sup>14</sup> LS 61.

<sup>15</sup> F. PARRA, *Esperanza en la historia...*, 77.

<sup>16</sup> F. CABALUZ, *Entramando pedagogías críticas latinoamericanas*, Quimantú, Santiago 2015, 34.

pedagogías preñadas de esperanza, de utopías, de imaginación en que se pueden construir nuevas formas de enfrentar la realidad, en que lo *alter* constituye un espacio socio-ecológico realizable. Son pedagogías de la vida esperanzada que denuncia y rechaza estructuras que causan injusticia, miseria, opresión, que niegan el bien-estar y que no permiten que nos sintamos *como en casa*.

Para estas eco-pedagogías y pedagogías de la esperanza en la vida nueva, “no se puede pensar la vida humana (social y comunitaria), disociada de la vida de la Tierra (ambiental), de hecho se sostiene que los problemas de las sociedades, los problemas asociados al futuro de la humanidad, se encuentran fuertemente vinculados a los problemas de la vida del planeta Tierra”<sup>17</sup>. En otras palabras, la esperanza del futuro de la humanidad no puede desligarse de la esperanza en el futuro de que la Tierra continúe siendo la casa común en la cual podemos experimentarnos hermanos. La problemática de la falta de esperanza es también una problemática ecológica. El aspecto del tiempo va innegablemente unido a la temática del espacio.

Lo anterior implica finalmente la educación en torno a un nuevo relato, de una narrativa del bien-estar estético, ético, teológico, cultural, político, social. En este relato las palabras vienen a crear realidad. Decir “te amo”, “te acompaño”, “te respeto”, “estoy contigo”, “soñemos juntos un mejor país”, “quiero que haya paz”, “eduquémonos juntos”, marca positivamente a una persona y crea una realidad pacífica y respetuosa. En cambio, decir “tú no me sirves”, “te utilizo hasta que me seas útil”, “aléjate”, “ándate de mi país”, “te esquivo”, constituyen el inicio de un imaginario de hostilidad que aleja las relaciones humanizadoras.

Es por ello que V. Carrozi comenta que los grandes movimientos sociales que apuestan por la multiculturalidad “nos siembran el alma con los anhelos de una nueva conciencia, nos enseñan el camino a la construcción de una nueva manera de habitar, fundada en un convivir vinculante, solidario y respetuoso de la diversidad”<sup>18</sup>. Esta búsqueda de los espacios comunes, de sentirse y hacer sentir a otros que están como en casa, exige repensar nuestras prácticas integradoras. Es por ello que, como comenta C. Concha

<sup>17</sup> F. CABALUZ, *Entramando...*, 34.

<sup>18</sup> V. CARROZZI, “¿Ontología del aprender? Interpretación de la educación como ars política”, *Palabra y Razón* 1 (2012) 66.

a propósito de la realidad de la región del Maule: “construir un nuevo relato integrador para el Maule parece ser indispensable. Para ello se requiere incorporar las voces que tradicionalmente han estado más excluidas de la conversación regional, lo que implica a su vez, dar legitimidad a los relatos que expresan sentimientos de pérdida, de retroceso, de impotencia, de injusticia”<sup>19</sup>. Este relato integrador, que ha de asumir la esperanza como motor de construcción de lo nuevo, debe construir espacios de multiculturalidad, de belleza y de un *éthos* común, de una idiosincrasia que asuma la diferencia y los desafíos de la hospitalidad, de la convivialidad y de la habitabilidad y la belleza del encuentro esperanzado.

## 2.2. Esperar en los otros y con los otros

Anteriormente hacíamos mención a la ecología humana y a la importancia del bien-estar como espacios de búsqueda del establecimiento de relaciones humanamente esperanzadas. En este segundo momento, reflexionaremos en torno a una segunda pista para pensar esta pedagogía teológica de la esperanza, a saber, cómo en el ser humano existe la capacidad de esperar en los otros, o esperar que los otros pueden hacer algo positivo, que existe bondad en los actos de los otros, y por otra parte, la capacidad de esperar con los otros.

Estas reflexiones marcan el carácter comunitario y político de la esperanza. Aquí recogemos la intuición de *Spe Salvi* que habíamos mencionado anteriormente cuando recordábamos cómo Benedicto XVI afirma que la esperanza responde a una dinámica del nosotros más que a una experiencia del yo ensimismado. ¿Por qué la esperanza en el futuro involucra a los otros? ¿Por qué la capacidad de imaginar un futuro distinto no responde exclusivamente a una actitud individual o privada?

La esperanza se ubica dentro de una comunidad humana, de un *nosotros*, del Pueblo de Dios. Pero pensar la esperanza en clave de encuentro con los otros representa una actitud contraria a como se vive la dinámica humana en el hoy de nuestra época. Libanio comenta que en este tiempo aconteció “la muerte de las utopías, el vaciamiento de esperanza (...) ya no

<sup>19</sup> C. CONCHA, *Identidad e identidades en el Maule: claves para imaginar el desarrollo regional*, Santal, Talca 2011, 100.

<sup>20</sup> J. B. LIBANIO, “Esperanza, utopía, resurrección” ..., 495.

hay lugar para utopías y esperanzas”<sup>20</sup>, y que este vacío de esperanzas es el final del camino de individualismo por el cual ha transitado Occidente. Aconteció el paso de un sujeto ligado a Dios y al mundo a un sujeto desprovisto de relaciones. El individuo moderno se caracteriza sobre todo por ser absolutamente autónomo y autosuficiente, ya que “no necesita ni de utopías ni de esperanza, es capaz de realizarse en el interior de la historia con los recursos conquistados”<sup>21</sup>.

El individuo moderno vive dinámicas *líquidas*, donde la realidad va perdiendo consistencia. Hay una falta de referencia a lo público privilegiando lo privado. Las dinámicas comunitarias han comenzado a perder la importancia que antaño poseían. Pero es justamente en medio de este ambiente de desesperanza, donde poner la confianza y esperar en que esos otros pueden constituirse en compañeros de camino y de sueños constituye el testimonio que el cristianismo está llamado a dar. Como reflexiona J. Vanier, aún existe esperanza en las comunidades que optan vivir el mensaje de las bienaventuranzas, el proyecto de esperanza en el Reino de Dios, en las dinámicas de encuentro con el Dios de Jesús de Nazaret: “las comunidades deben ser testimonio de que es posible vivir humanamente, incluso dentro de nuestras estructuras actuales sin necesidad de ser esclavos de formas de trabajo, economías inhumanas u ocios artificiales y excitantes”<sup>22</sup>.

La comunidad de la esperanza debe constituirse en un signo de que asumir el desafío de la construcción de otro mundo posible representa una tarea realizable. Es por ello que es necesario educar la mirada que dirigimos al otro, no viéndolo como un extraño sino como alguien digno de confianza, con el cual soñamos juntos, confabulamos un proyecto común, esperamos y construimos la nueva sociedad. Es por ello que podemos hablar de una co-esperanza. La esperanza cristiana es “todo el ser humano”<sup>23</sup> en su doble nivel, personal y comunitario. Es el ser humano en cuerpo y alma, con su historia pasada, con su presente y con su futuro. No es sólo la vivencia de la intimidad egoísta sino que en la esperanza se evidencia la capacidad que

<sup>21</sup> J. B. LIBANIO, “Esperanza, utopía y resurrección”..., 496.

<sup>22</sup> J. VANIER, *La comunidad, lugar del perdón y de la fiesta*, Ágape, Buenos Aires 2011, 98.

<sup>23</sup> J. J. TAMAYO, *Para comprender la escatología cristiana*, Verbo Divino, Navarra 1993, 22.

el ser humano debe tener de salir de sí mismo y vivir la alteridad y la convivencia como aspectos mínimos de la construcción de una sociedad libre y liberada.

La co-esperanza habla de la dimensión social y política de la escatología. No se es realmente humano viviendo en la soledad, sino que se practica la humanidad acogiendo el don del otro y de los otros, reconociéndome en ellos, aceptándolos en su diferencia, construyendo con ellos la esperanza, anhelando juntos el otro mundo posible. La dimensión política de la fe no es un mero partidismo ni una revolución violenta. La dimensión política se juega justamente en la escatología. Por dicha dimensión política, la praxis histórica que el Mesías Jesús anuncia y que consecuentemente debe realizar la Iglesia, su prolongación histórica, es una fundada en la justicia y en la libertad, ambas implicadas en la promesa de la resurrección y de los cielos nuevos y tierra nueva donde no habrá llanto ni opresión, porque lo viejo ha pasado.

La escatología, la esperanza, el proyecto utópico, permite que la fe no se quede en la mera especulación, sino que se transforme en praxis de justicia y amor, que viene de un Dios que amó hasta el extremo (Jn 13,1-2), hasta el punto de encarnarse en nuestra historia y compartir todo lo que es nuestro, incluida la relación con los otros, social y política (Jn 1,14). La fe en el Dios de la Biblia nos posiciona en el terreno de arriesgar la vida por el proyecto político, ético y social del Reino que viene a invertir nuestra historia.

Y también la co-esperanza es la esperanza de toda la Iglesia. Por ello el creyente individual se inserta en el gran “nosotros” eclesial, no perdiendo su identidad individual sino que siendo parte de la gran tradición, de la memoria de la comunidad creyente que vive la fraternidad y el amor como norma de vida. En palabras de Tamayo:

La alteridad es parte sustantiva del ser persona. La individualidad constituye el componente básico que permite la alteridad. La convivencia no es un añadido a la persona, sino uno de los soportes de su identidad. La esperanza, por ende, no puede ser otra cosa que co-esperanza. Esperamos en comunidad, en convivencia con los otros<sup>24</sup>.

<sup>24</sup> J. J. TAMAYO, *Para comprender...*, 23.

Por ello, una pedagogía teológica de la esperanza debe saber reconocer cómo la diferencia, la alteridad, la búsqueda de espacios comunitarios y de co-esperanza, son elementos imprescindibles al momento de proyectar nuestro futuro. En este sentido reconocemos cómo los resultados de la Encuesta de la Juventud que señalábamos al comienzo de nuestro artículo representan una oportunidad única para la comunidad creyente, política, social, educativa. Hemos de generar en nuestros niños y jóvenes la conciencia de que sólo uniéndonos a otros podemos realizar en plenitud nuestro ser persona. Por ello, y como sostenía anteriormente Tamayo, la alteridad es parte sustancial de la persona. No somos verdaderamente seres humanos en solitario. Por ello mi futuro personal debe poseer algún correlato con el futuro que espera la comunidad. Estoy situado en dinámicas sociales, políticas, culturales. Ellas me definen y con ellas debo generar un reforzamiento de los lazos de identidad y de pertenencia.

### *2.3. Imaginación y utopía*

La imaginación representa un elemento íntimamente ligado a la esperanza y a la utopía. Imaginar es una facultad psicológica, es la capacidad de crear espacios nuevos, de vivir la apertura a nuevas posibilidades personales, sociales, culturales. Imaginar es proyectar hacia el futuro un nuevo comienzo. Tiene que ver con la capacidad profética. Es más, el profeta es aquél que es capaz de pensar una nueva sociedad para su tiempo. Como hemos hecho notar en otro artículo, “en la voz del profeta tiene cabida el llamado a la creación de una comunidad nueva que tenga como fundamento el respeto por la persona humana, especialmente del pobre, del huérfano, de la vida o del extranjero”<sup>25</sup>.

El profeta, el sujeto utópico que imagina, es aquél que es capaz de despertar un nuevo día. Debemos ayudar a que despierte la aurora de la nueva mañana. El que hagamos mención de la aurora no es un factor más dentro de un discurso. La aurora representa uno de los primeros tiempos en el orden del día. Está al comienzo de todo, es más, podríamos vincularlo con el momento de la infancia del ser humano. Es más, la infancia posee también

<sup>25</sup> J. P. ESPINOSA, “Igualdad y no discriminación: imaginación profética y eclesial del otro mundo posible”, *UC Maule* 46 (2014) 49.

un elemento utópico. Así lo ha hecho notar el filósofo italiano G. Agamben cuando comentando el *Pinocho* de Collodi sostiene que el país de los juguetes representa “la descripción de esa utópica república infantil, Collodi nos ofrece la imagen de un universo donde todo es juego”<sup>26</sup>.

Y es en este sentido que queremos ubicar la imaginación y su relación con la utopía, desde un contexto infantil, lúdico, creativo. En relación a este componente de la infancia, el psicólogo P. Harris comenta que “la capacidad para imaginar posibilidades alternativas y para elaborar sus consecuencias aparece tempranamente en el curso del desarrollo infantil y durante toda la vida. Esta capacidad es especialmente obvia en los juegos de simulación de los niños, pero invade y transforma su concepción de la realidad que se encuentra en sí misma, en desarrollo”<sup>27</sup>.

Creemos que apostar por una pedagogía teológica de la esperanza, exige también un replantearse los desafíos que teológica, pastoral, catequética y eclesialmente tenemos con nuestra infancia. No hemos sido capaces de pensar una teología que escuche la voz y el relato de los niños, sin embargo por sus voces Dios también transita. Esto va marcando una *gramática de la esperanza cristiana*. El cristianismo sabe degustar cómo en cada pequeña acción acontece el paso de Dios. Y si creemos que es así, y si tenemos esperanza en que ese Dios consumará a plenitud todo lo creado, instaurará la justicia, la fraternidad, el amor y la paz eterna, esa esperanza comienza con el *despuntar de la aurora la mañana de resurrección*. En la voz infantil acontece ese despunte a la vida. La imaginación y la esperanza, los sueños, los juegos, brotan generosos en la infancia.

En este sentido, los niños aparecen como una metáfora del tiempo nuevo. Para C. Carbullanca la metáfora de la infancia está ligada a los signos de los tiempos y a su discernimiento. Ella representa “una expresión utópica ligada a corrientes profético-escatológicas (...) están apuntando a un nuevo proyecto histórico de liberación que comienza con la señal del nacimiento de un niño”<sup>28</sup>. Es interesante como la infancia está ligada a la irrupción de

<sup>26</sup> G. AGAMBEN, *Infancia e historia. Destrucción de la experiencia y origen de la historia*, Adriana Hidalgo Editora, Buenos Aires 2007, 95.

<sup>27</sup> P. HARRIS, *El funcionamiento de la imaginación*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires 2000, 12.

<sup>28</sup> C. CARBULLANCA, “Signos de los tiempos y metáfora. Una estética de los signos de los tiempos”, *Veritas* 28 (2013), 202.

lo nuevo, a una utopía libertaria, a una nueva sociedad que nace. Tiene que ver con la imaginación escatológica. Por ello, continúa Carbullanca, la infancia en términos generales “se trata de una contrapropuesta solidaria a un modelo societario opresor (...) que sugiere ya no tan sólo una liberación política nacional sino que ésta alcanza dimensiones cósmicas, a través de la antinomia viejo-niño referido a épocas o eras de la historia de la humanidad”<sup>29</sup>. Es un modelo utópico, esperanzado que se funda en lo gratuito, en el juego, en la incorporación de nuevos actores sociales históricamente silenciados, en la capacidad de imaginar lo utópico.

En clave de una pedagogía teológica de la esperanza, se exige que los responsables de comunidades cristianas puedan favorecer espacios de compartir experiencias sociales con niños y jóvenes. Articular una teología desde la infancia, con la infancia, con la juventud, con los que ayudan a des-puntar la nueva aurora de la historia, implica reconocer sus experiencias de Dios y no tratarlos como sujetos pasivos en cuanto al reconocimiento de cómo el Señor va actuando en la historia e invitando a otros a construir la nueva sociedad. Esta sociedad nueva es la que brota de la presencia del Reino de Dios en medio de la historia y que es personificada por Isaías en la imagen metafórica del niño que pastorea a los animales que conviven sin dañarse entre ellos (Is 11,6).

Jesús, haciéndose eco de las tradiciones proféticas, y de su propia comprensión de lo que es el Reino de Dios, presenta a los niños como presencia de esta irrupción de lo divino en la historia (Cf. Mt 18,1-2; Mt 19,13-14; Mc 10,15-16; Lc 18,14-17). Y también en ellos reconoce la predilección que ha sentido el Padre en cuanto a la comunicación de los misterios del Reino: “...porque habiendo escondido estas cosas de los sabios e instruidos, se las has revelado a los que son como niños” (Lc 10,21). En los niños, en los jóvenes, en los que inician la *aurora* del nuevo día Dios se está revelando. Los niños por tanto constituyen sujetos de la revelación, de la fe, de la esperanza y de la vivencia del amor. Por ello, Panotto comenta que “silenciar teológicamente a la niñez implica evadir una visión de Dios, de la iglesia, de la vida, de la fe, de la espiritualidad, las cuales se contraponen a ciertos discursos, mandatos y prácticas comunes dentro de nuestras

<sup>29</sup> C. CARBULLANCA, “Signos de los...”, 202.

construcciones religiosas y que parte, precisamente, de una cosmovisión adulto-céntrica”<sup>30</sup>.

Los niños nos enseñan cómo esperar, cómo jugar, cómo dejar espacio al asombro, a lo nuevo del día que irrumpe en nuestra sociedad naturalizada. Y es por ello que es necesario continuar creando una cultura del cuidado de la infancia. Los niños y jóvenes son socialmente sujetos vulnerables y vulnerados en sus derechos. No se les ha abierto espacio para que sus relatos de vida puedan ser asimilados por nuestras lógicas adultas y por nuestras prácticas preconcebidas. Los niños y su esperanza aún se ubican en la frontera, pero a pesar de estar en constante estado de vulneración reconocemos en ellos la ruptura con lo antiguo, la presencia de la esperanza. En ellos ocurre una ruptura instauradora.

La infancia que imagina es una ruptura instauradora, es una utopía que se enfrenta al sistema estático y caduco, es la esperanza que hace andar la historia, es la presencia de Dios en medio de nuestra cotidianidad. Es por ello que la esperanza representa “una ruptura inesperada del sistema (...) de todo sistema (...) (de) toda manera de tener historia, de organizar nuestro pensar y actuar, toda manera de forjar nuestra vida, y de hablar de ella, como una cosa asegurada”<sup>31</sup>. La época actual tiende a naturalizar el sistema, en donde lo que sucede pasa como si fuera lo natural, lo lógico.

Pero justamente la *imaginación utópica y escatológica* viene a desbaratar el tiempo y a renovar la historia desde adentro y desde sus cimientos. Por ello, la esperanza y la utopía no aparecen como ideología alienante o como evasión de la realidad. La *imaginación utópica* exige reconocer el tiempo nuevo y sus posibilidades como situaciones, como *kairós* plenificador y como embellecimiento de lo que vivimos. Existe por tanto la puerta abierta, la aurora naciente a una *estética de la utopía*. Como comenta J. Alison, cuando se posibilita el nacimiento de lo nuevo, “se produce una ruptura inesperada en el sistema. Significa que ya no hay historia segura, agarrada, no muy satisfactoria pero tampoco del todo insatisfactoria. La ruptura del sistema produce una sacudida increíble porque, exactamente

<sup>30</sup> N. PANOTTO, *De juegos que hablan de Dios. Hacia una teología desde la niñez latinoamericana*, Sociedades Bíblicas Unidas, Quito 2016, 9.

<sup>31</sup> J. ALISON, *El retorno de Abel. Huellas de la imaginación escatológica*, Herder, Madrid 1999, 30.

al mismo tiempo que ofrece una salida inesperada del sistema, arroja una luz mucho más drástica y aterradora sobre el sistema de lo que se había percibido antes”<sup>32</sup>.

### 3. Breve conclusión

Considerar el diálogo de la teología con otras ciencias humanas y sociales, nos ha permitido trazar algunas pistas para pensar una pedagogía teológica de la esperanza. El propósito último de este artículo fue volver sobre la necesidad de educar la esperanza, personal pero también comunitaria, como momento histórico que mueve a los sujetos en la búsqueda de un futuro mejor, de una convivencia más humana, de una renovada vivencia en el *óikos* común, de la escucha de las voces silenciadas, de la vuelta sobre los temas de utopía, imaginación y esperanza cristiana. Desde la consideración de temáticas que afectan directamente a la convivencia cotidiana de nuestros contemporáneos, creemos que la esperanza cristiana constituye un espacio fundamental de humanización y liberación.

Las pistas reseñadas no han intentado ser exhaustivas, sino que han pretendido seguir la intuición de Benedicto XVI al hablar de los espacios para el aprendizaje de la esperanza y de los planteamientos de Paulo Freire quien abiertamente habla de la pedagogía de la esperanza. Un elemento que consideramos central del planteamiento que hemos esbozado, es la necesidad de comprender cómo el mensaje de la resurrección, de la vida eterna, de la superación del dolor y la muerte, de la renovación cósmica, epistemológica, vivencial que propone nuestra fe cristiana, se encarna en distintos espacios humanos. Finalmente, es Dios y su presencia en la historia quien permite que estas estructuras humanas sean afectadas por el Reino. Si creemos que el Reino ha llegado ya a nuestra historia (Cf. Mc 1,14-15), podemos entonces seguir pensando cómo es posible vivir la esperanza, cómo educar esa espera, como vivir con otros la imaginación de un futuro de paz y fraternidad para todos y todas.

<sup>32</sup> J. ALISON, *El retorno...*, 30.

## Bibliografía

- AGAMBEN, G., *Infancia e historia. Destrucción de la experiencia y origen de la historia*. Adriana Hidalgo Editora, Buenos Aires 2007.
- ALISON, J., *El retorno de Abel. Huellas de la imaginación escatológica*, Herder, Madrid 1999.
- ALMONACID, C. - LAMBERT, C., “Pistas para una lectura de la encíclica *Spe Salvi* de Benedicto XVI”, *UC Maule* 37 (2009) 123-133.
- BENEDICTO XVI, “Carta encíclica *Spe Salvi*”, en: *AAS* 99 (2007), Editrice Vaticana, Vaticano 2007.
- CABALUZ, F., *Entramando pedagogías críticas latinoamericanas*, Quimantú, Santiago 2015.
- CARBULLANCA, C., “Signos de los tiempos y metáfora. Una estética de los signos de los tiempos”, *Veritas* 28 (2013) 191-220.
- CARROZZI, V., “¿Ontología del aprender? Interpretación de la educación como ars política”, *Palabra y Razón. Revista de teología y filosofía* 1 (2012) 63-85.
- CELAM, “Documento de Medellín”, en: *Documentos fundamentales*, Paulinas, Sao Paulo 2003.
- CONCHA, C., *Identidad e identidades en el Maule: claves para imaginar el desarrollo regional*, Santal, Talca 2011.
- ESPINOSA, J. P., “Igualdad y no discriminación: imaginación profética y eclesial del otro mundo posible”, *UC Maule* 46 (2014) 47-57.
- FRANCISCO, *Carta encíclica Laudato Si’*, Ediciones UC, Santiago 20015.
- FREIRE, P., *Pedagogía de la esperanza*, Siglo XXI, Buenos Aires 2002.
- HARRIS, P., *El funcionamiento de la imaginación*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires 2000.
- INSTITUTO NACIONAL DE LA JUVENTUD, “Séptima encuesta nacional de la juventud”, disponible en: [http://www.injuv.gob.cl/portal/wpcontent/files\\_mf/septimaencuestanacionainjuvcorr2.pdf](http://www.injuv.gob.cl/portal/wpcontent/files_mf/septimaencuestanacionainjuvcorr2.pdf) (Consultado el 07.10.2016).
- LIBANIO, J. B., “Esperanza, utopía, resurrección”, en: ELLACURÍA, I. - SOBRINO, J. (eds.) *Mysterium Liberationis. Conceptos fundamentales de la teología de la liberación, Tomo II*, Trotta, Madrid 1990.
- PANOTTO, N., *De juegos que hablan de Dios. Hacia una teología desde la niñez latinoamericana*, Sociedades Bíblicas Unidas, Quito 2016.
- PARRA, F., *Esperanza en la historia. Idea cristiana del tiempo*, Universidad Alberto Hurtado, Santiago 2011.

RICOEUR, P., *Caminos del reconocimiento. Tres estudios*. Fondo de Cultura Económica, C. de México 2006.

TAMAYO, J. J., *Para comprender la escatología cristiana*, Verbo Divino, Navarra 1993.

VANIER, J., *La comunidad, lugar del perdón y de la fiesta*, Ágape, Buenos Aires 2011.

Artículo recibido el 4 de abril de 2017.

Artículo aceptado el 5 de junio de 2017.